El espíritu eterno del halcón

© 2026 Clara Guerrero

Todos los derechos reservados. Registro PROPIEDAD INTELECTUAL nº 59/827006.9/26

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las excepciones previstas por la ley.

Primera edición: 2026



Clara Guerrero

El espíritu eterno del halcón

Nota de la autora

Esta novela es una obra de ficción. Salvo los personajes históricos Richard Whichelo, Richard William Howard Vyse y el contemporáneo Zahi Hawass, todas las personas que aparecen en sus páginas son producto de mi imaginación, al igual que sus motivaciones, relaciones y actos.

Aunque algunos acontecimientos, lugares, noticias, investigaciones arqueológicas y figuras del ámbito de la egiptología han servido como inspiración, cualquier semejanza con personas reales distintas de las identificadas debe considerarse casual o fruto de la mente del lector. Las opiniones, conductas y decisiones atribuidas a los personajes pertenecen en exclusiva al terreno del relato.

1. De la tormenta

Mediterráneo

Tarde del sábado, 13 de octubre de 1838

Los efectos del tiempo húmedo y lacerante se habían hecho, desde la escala en Malta, apreciables en la lista de enfermos. El médico de a bordo le había informado que como consecuencia de la exposición a la intemperie en la que había estado la tripulación, su salud había quedado seriamente debilitada, en especial de dolencias pulmonares, catarrales y reumáticas. En ese caos ordenó que se diera a cada marinero lona para un saco y pantalones, como abrigo contra la lluvia y las caladuras. Las penurias de la goleta para cubrir las últimas quinientas millas náuticas en los pasados cinco días, sumadas a las dificultades sufridas hirieron su espíritu y, durante las peores condiciones climáticas, el Capitán Richard Whichelo comenzó a mostrar síntomas de ansiedad.

Sin embargo, el joven capitán a pesar de sus finos modales no era marino de negligencias. Había salido de su encierro en el camarote y ahora se mantenía firme sobre el combés del navío, decidido a olvidar las incidencias con las enfermedades, las miserias con la comida y a encarar al despiadado destino. Para ello se alió con los vientos de levante, húmedos pero persistentes, para tratar de llegar al estrecho de Gibraltar antes del 15 del mes corriente, conforme a la ruta inicial y evitar las corrientes de marea que dominaban las costas cercanas al Mar de Alborán. Había pasado buena parte de la travesía inclinado sobre las cartas del Almirantazgo Británico, repasando una y otra vez la ruta entre Alejandría y Liverpool, por lo que aquellos nombres ya se habían fijado en su mente con la misma firmeza que las constelaciones.

El bergantín de dos palos en el que surcaban el Mediterráneo, botado en 1827 apenas once años antes por su propia compañía armadora, había superado muchas travesías como aquella antes de obtener la calificación Æ1. Un informe de estado poco menos que perfecto. Decían en su país que si querías escuchar la risa de Dios, solo tenías que contarle tus planes y estaba en la certeza de que podría escuchar las carcajadas de Neptuno si le mostrara ese informe.

Se dirigían a Inglaterra, desplazando una voluminosa carga de doscientas toneladas largas, según los registros que habían cerrado en el puerto egipcio. En la ciudad del legendario faro su contratista, el militar británico Richard Howard Vyse, había sido muy insistente en clasificar con escrupuloso detalle cada uno de los bultos de antigüedades y material arqueológico que el coronel, cautivado por la egiptología, había excavado en una pirámide de Guiza. Su cliente reiteraba evitar problemas con la compañía aseguradora Lloyd's en caso de accidente y él, por su parte, había hecho todo lo posible para impedir que tal accidente acaeciera, por lo que hizo hincapié a su personal de la importancia de una adecuada estiba. Sabía por experiencia que ésta no podía dejarse al azar, la falta de conocimiento en ese aspecto había sido, en más de una ocasión, la causa de memorables naufragios. Lo esencial era mantener el lastre en su posición, incluso cuando la nave se sacudía con los más violentos embates, pues cualquier desplazamiento podía comprometer la estabilidad del barco. A tal fin, prestaron suma atención no solo al volumen, sino también a su naturaleza y a la distribución de los pesos. Por último, se cubrió todo con una sólida planchada de tablones extendidos de banda a banda, sobre los cuales se instalaron robustos puntales que descansaban sobre la estructura del buque.

No obstante lo anterior, desde que habían partido del puerto de La Valeta tras la parada técnica, Whichelo había comprobado que el barco cabeceaba algo más, escorándose con frecuencia a babor, en el lado contrario al que se suponía que estaba el fardo más pesado que tanto les había costado estibar en Alejandría.

En la mañana del 13 de octubre avistó la gran laguna salada al norte de Cabo de Palos y tras dejar atrás la torre vigía del promontorio vio un halcón solitario sobrevolarles, girando en círculos sobre el palo de mesana. Recordaría con posterioridad que unos últimos rayos de luz se reflejaron en su plumaje, que brilló con tonos dorados. El rostro del capitán se tensó, no era común ver ese ave mar adentro y menos aún que los rondara tanto tiempo. El horizonte, hasta hacía unos minutos gris claro, se oscureció con una rapidez tan inquietante que pensó que les había engullido la noche. El barco navegaba a todo trapo, era tan veloz como carente de cualidades notables ante un temporal y, de repente, el viento arreció y roló a noroeste. Primero como ráfagas secas, luego con golpes de aire húmedo que sacudieron el foque. Las nubes se cerraron y el reflujo del mar se precipitó con furia, picándose turbulento. El capitán mantuvo la calma, consciente de que si mantenían el rumbo, su deriva los llevaría al desastre por lo que ordenó virar hacia Cartagena, el puerto más cercano. El pilotín anotó el nuevo rumbo y creyó distinguir un relámpago sobre tierra firme a estribor, pero la oscuridad y la lluvia lo convencieron de que debía de haber imaginado cualquier cosa.

Cuando la borrasca se colocó a popa, Whichelo supo que estaban en peligro. Los marineros corrían por el tablazón asegurando cabos. Las jarcias, humedecidas y pesadas, se convertían en trampas para quienes trepaban a asegurar las velas y les imprecó órdenes que se perdían en el estruendo de espuma y rayos.

El viento se huracanó, con deseo de extirpar al mercante del mar y cada vez que lo alzaba como un juguete y lo sumergía de proa, el oleaje tomaba el bergantín por la bovedilla y lo inundaba. El mástil suplementario se partió con un crujido que hizo temblar el casco, cayendo a ras del puente, por lo que con decidida valentía unos tripulantes saltaron por encima de él y corrieron a arriar la vela mayor, ésta se adelantó, voló sobre sus cabezas y, al empaparse con la marejada, despojó al buque de la verga principal. Un nuevo golpe de mar expuso

el costado de sotavento hasta dejar visible la quilla. Con el timón intentó virar para colocarse al socaire del casco, pero la nave había quedado a merced de la tempestad. Los que se encontraban en la sentina, a pesar de que habían asegurado portillos con anterioridad, ahora se afanaban en achicar el agua que se colaba por grietas, escotillas y escobén. Con otra sacudida, la arrumazón se soltó y toda la carga se volcó junto con el material del pañol, hacia el costado que daba al mar. Privado de una manera de recuperar la estabilidad, el navío no tardó en inundarse, con todos los objetos sueltos flotando con ímpetu en su interior.

No había posibilidad de salvación al punto de que pronto fue del todo imposible mantener pie en cubierta, imposibilitados por la tremenda fuerza de los vaivenes. El capitán, desde el castillo de proa, se dirigió a los hombres con secos ademanes pues el rugido del mar impedía cualquier otro tipo de comunicación, instándoles a que abandonaran el barco. Uno a uno fueron saltando por encima de las amuras a las frías y violentas aguas, frente a la bocana de un puerto. Él fue el último en hacerlo y saltó por la borda, dando la espalda a su amado barco, que ya era engullido sin remedio hacia el fondo.

Tan cerca estaban de tierra que, por puro milagro, todos los hombres lograron alcanzar los rompientes, despedidos contras las rocas por los maretazos, pero vivos.

El capitán también alcanzó suelo firme, débil y con las rodillas entrechocándosele a causa del frío, el rudo vendaval había cesado cuando surgió un gañido fuerte y rasposo, como nacido del mismísimo infierno. Nunca, mientras vivió, logró borrar el estremecimiento que sintió. Todo ocurrió sin que hubiera levantado la vista para enfrentarse a aquello que lo había paralizado, pues sabía que se trataba del halcón que había visto antes de que aquella feroz tormenta se desatara y, se desplomó de bruces, desvanecido.

El *Beatrice* zozobró en pocos minutos. Se sumergió en el colosal, grandioso, descomunal, amplio, profundo, penetrante y poderoso piélago. Nadie sabía que

allí, recubierto de lonas, cera y maderos, había viajado el sarcófago del faraón Micerinos.

Yo soy Menkaura, eterno como el Ka *de Ra, rey del norte y del sur, majestad del junco y de la abeja. Mi madre Nut se extiende sobre mí, el divino halcón de oro que vuela sobre las nubes. Yo fui justo en vida pero mi cuerpo terrenal ha visto saqueadores y profanadores, por lo que ahora hablo como el espíritu vengativo. Mi fuerza es la de mil hombres, soy rápido como el curso del Nilo, alto como el pilar Dyed, mi voz hace temblar las Dos Tierras y tengo más riqueza que las minas de Nubia. Que os sirva de lección, quien toque mi legado, se hundirá con él.*

2. De la entrevista con el arqueólogo

Barrio de Canteras, Cartagena

Tarde del sábado, 14 de marzo de 2020

Miranda Hughes Pérez llegó a la Región de Murcia procedente de Madrid la tarde del 14 de marzo de 2020, exactamente el mismo día que había empezado el primer confinamiento en España debido a la pandemia provocada por el coronavirus. Salió de casa sin que la limitación de circulación le limitara y condujo su *Alfa Romeo Giulia Quadrifoglio* quinientos kilómetros a toda velocidad pese a la recomendación de evitar desplazamientos. En los controles de policía que vigilaban el cumplimiento de estas normas, mostraba su carné de la asociación de periodistas independientes API y su sonrisa de dientes en tonalidad blanco nuclear. Si alguno le insistía, le recriminaba sin abandonar la expresión esmaltada que su trabajo era un actividad esencial, modismo hasta entonces desconocido y quién sabe si no acuñado por ella. En un alarde de ironía muy característico de su personalidad, informaría a través de su *podcast* aquella misma tarde desde su apartamento en la playa, de las estupideces que habían hecho otros conciudadanos viajando al litoral, confundiendo la cuarentena con una suerte de vacaciones y apelaba al compromiso y a la responsabilidad para salvaguardar la salud de todos, sentencia esta última que hasta el presidente de la Región le parafrasearía en su mensaje a la ciudadanía.

Un mes antes, Zahi Hawass, célebre arqueólogo y exministro de Antigüedades de Egipto, había anunciado a través de la agencia Efe que había empezado un importante proyecto junto al Gobierno español para tratar de recuperar un sarcófago perteneciente al faraón Micerinos. El proyecto detrás del

que llevaba años iba a incluir la formación de una expedición submarina para buscarlo, pues había desaparecido en 1838 cuando un navío se hundió en aguas españolas frente a las costas de Cartagena.

Miranda había hecho varios intentos en febrero para contactar con Hawass, pero siempre se encontró con la negativa de su ayudante. Lo mismo ocurrió con el ministerio de Cultura español, que siempre la remitía a las declaraciones realizadas por el egipcio, de manera que abandonó esa noticia. Sin embargo, la tarde anterior le habían pasado un chivatazo de la Brigada de Patrimonio, quienes veían indicios de una prospección submarina ilícita cerca de la bahía de Cartagena, por lo que había decidido investigarlo y, de paso, como denunciaba de otros, disfrutar del clima benigno del sureste español. Además, siempre se negaba por principio a informar de las noticias que solían cubrir los demás reporteros y en ese momento y durante mucho tiempo no se hablaría de otra cosa que del Covid-19, que por otra parte ella consideraba una gripe pasajera.

Su informante dentro de la policía le pasaba a menudo grabaciones o transcripciones muy jugosas. Había cultivado esa fuente durante años, aprovechando su frustración con la burocracia interna. Cada vez que alguien le reprendía a Miranda por faltas de ética como ésta, ella respondía que el día que dieron ética no estaba en clase. En realidad, no era la única asignatura a la que no había asistido en la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, ni el único atajo deshonesto que había tomado. Otros como copiar en exámenes clave, plagiar trabajos o seducir a miembros de ambos géneros del profesorado, eran tácticas que había mantenido al llegar a la vida profesional y que la habían llevado hasta allí por el soplón que había captado el mensaje de la Brigada de Patrimonio. Recelaban de unos piratas que, con probabilidad atraídos por el anuncio de Hawass, llevaban cerca de tres semanas probando en distintos cuadrantes de la costa cálida la localización del pecio británico. La teniente Valentina García, guardia civil de la comandancia de Cabo de Palos fue la primera en interrogarlos, cuando una patrulla de reconocimiento le había

informado de haberlos encontrado cerca de las Islas Hormigas usando un ROV submarino, un aparato demasiado sofisticado y caro para unos simples turistas aficionados al submarinismo, como decían ser. En coordinación con la inspectora Alba González de Patrimonio, los habían estado siguiendo y, el día anterior, captaron en una de sus comunicaciones abiertas que creían haber localizado los restos del *Beatrice*, la goleta hundida.

Por la mañana recordó que Hawass había comentado que su grupo de trabajo colaboraría con el ARQUA, el Museo Nacional de Arqueología Subacuática con sede en Cartagena y, en concreto, con el profesor Mateo Brihuega, un reputado arqueólogo de fama mundial, al que estuvo llamando durante dos largas horas sin éxito. Por un momento pensó que le habría pasado como a Rodrigo Escudero, aquel lingüista mediático al que estuvo cubriendo durante semanas hacía un año escaso y que tras un anuncio en sus redes sociales se desvaneció como si hubiera pasado a otro plano de la existencia. En cambio, el profesor Brihuega al final le había respondido a una de sus llamadas perdidas, le dijo que estaba encerrado en casa como todos y que, por supuesto, la atendería en lo que necesitara. Tomó su invitación como implícita, condujo hasta el cartagenero barrio de Canteras, aparcó el deportivo en frente de su adosado —uno más en la cadena de casas idénticas, con fachada beige y cubierta de tejas rojas— y se fumó un cigarrillo antes de pulsar el telefonillo.

La portezuela se abrió hacia un pequeño xerojardín con plantas resistentes a la sequía, en una composición de lavandas, romeros y cactus, rodeados de piedra volcánica. Brihuega la esperaba en pie ante la puerta de la entrada y observó que la chica era deslumbrante. Ojos grandes ligeramente separados, que le daban a su fino rostro una armonía magnética. Bajo aquella belleza inquietante, el profesor percibió una intensidad que lo incomodó. El vestido verde agua, ceñido con naturalidad, revelaba una figura esbelta y bien trazada, enmarcada con precisión por un pañuelo a tono.

—Pase, por favor, por este vestíbulo —le indicó con respeto.

El mobiliario de la casa destapaba el sobrio carácter castellano del historiador y una vida dedicada al conocimiento. Atravesaron el salón, donde en cada rincón aparecían libros apilados, diplomas enmarcados y fotografías de excavaciones.

El anfitrión le ofreció asiento en la terraza trasera, para poder asegurar una distancia de seguridad. Ella le aceptó la invitación con una palabra de agradecimiento, dejó el bolso *nude* en la mesa y al arrellanarse en la silla, sintió un contacto en las piernas, pero contuvo el sobresalto ya que no gustaba de mostrar emociones.

—Es mi gato *Asdrúbal*, le ha caído usted bien —Miranda compuso hacia fuera el rostro que ofrecía a aquellos que elegían creer en la mentira, por dentro maldecía por los restregones peludos del bicho—. Le dejo en buena compañía, no tardo nada.

Empezaba a refrescar así que se colocó el *blazer* a juego, pues además consideró que el vestido ajustado al pecho ya había cumplido con su papel de dar una primera gran impresión. En el bolsillo interior de la chaqueta depositó las llaves del coche que hasta entonces guardaba en la mano. Un intenso olor a café precedió la vuelta del profesor, parapetado en una bandeja sobre la que llevaba una cafetera italiana plateada, un azucarero de cristal, un paquete de leche y dos tazas.

—Bueno, ya tenemos todo, ahora dígame qué es tan importante para saltarse el aislamiento —rompió el hielo Brihuega.

—Recordará que el mes pasado hablamos usted y yo tras las visita de Zahi Hawass al Templo de Debod en Madrid. Su colega comentó que le había ofrecido cooperar en la exploración del velero *Beatrice*… —Miranda dejó sin completar la frase empujando al arqueólogo a hablar y aprovechando para tomar su cuaderno de notas.

—Correcto, el gobierno egipcio contactó conmigo en enero para llevar a cabo ese proyecto, sufragado por una cadena americana para hacer un reportaje para televisión. Aunque no era la primera vez, ya estuvo en conversaciones con National Geographic en 2010.

—¿Qué esperan encontrar? —le preguntó mientras tomaba la taza del café.

—En la documentación de Lloyd's, la aseguradora del barco hundido, se habla de 224 toneladas de carga. Con certeza se trataría de material arqueológico embarcado en Alejandría tras las excavaciones realizadas por Howard Vyse y su ayudante Perring en la pirámide de Micerinos, la menor de las tres pirámides de Guiza —el profesor se vanagloriaba de sus conocimientos ante la chica—, dado que otro barco de la misma expedición sí consiguió llegar a Londres con material similar, que ahora se conserva en el Museo Británico de Londres.

—¿Algo destacable?

—Cualquier hallazgo es importante y puede que entre los objetos se halle sumergido algo de relevancia histórica. De lo que conocemos, sin duda la joya era, por las descripciones que dejó Vyse, un sarcófago de basalto negro que había sido descubierto en la cámara funeraria de su pirámide.

—¿Valor?

—Incalculable. No obstante, en el momento del naufragio estaba vacío. Sabemos que no habrá ningún tesoro en su interior, pues Perring encontró otro ataúd antropomorfo que estaba dentro y que sí se conserva.

—¿Del faraón?

—No, se ha datado en el siglo II de nuestra era.

—La hos… —la periodista no pudo contener la estupefacción esta vez y reprimió una palabrota, revirtiendo a tiempo sus palabras para no parecerle vulgar—. No entiendo, ¿no se supone que era del 2.500 a.C.?

—Verá, eso es lo interesante. Ni siquiera el famoso féretro correspondía con el estilo del Imperio Antiguo al que perteneció la dinastía del faraón Micerinos, o Menkaura como fue llamado en su época. Fue realizado durante el Imperio Medio, como mínimo quinientos años más tarde, pero sí fue dedicado a él. Luego, es algo muy común en otros enterramientos, lo reaprovecharon para meter otros elementos, fue saqueado a conciencia antes de que llegaran los británicos…

—Es apasionante, profesor y, usted lo cuenta tan entretenido. Sin embargo, si en el sarcófago no llegó a estar el cuerpo del faraón de la pirámide ¿cómo saben que estaba dedicado a él? —le cortó para que no se fuera por las ramas, pero haciéndole crecer su ego porque imaginaba que iba a tener que seguir trabajando con él.

—Aquí empieza el primero de los enigmas de su tumba. El féretro fue descubierto sin tapa y algunas piezas de ésta fueron localizadas en un nivel superior al de la cámara funeraria… en extrañas circunstancias. A su vez en la tapa del otro ataúd de madera que le comenté antes, aparecía una inscripción borrosa que aludía a Micerinos: *Salve Osiris, rey del norte y*...

—¿Por qué saben que lo encontrarán frente a Cartagena? —le volvió a interrumpir abriendo la chaqueta e inclinando el escote hacia él.

—Es lo que asegura Howard Vyse en sus escritos sobre las excavaciones en la meseta de Guiza. No tengo fundamentos para desconfiar de su veracidad.

—Sin embargo, otros historiadores sí lo cuestionan. Dicen que ni en la documentación de salida en la escala del mercante en Malta, ni en la de aseguradora, aparece ninguna mención a esta ciudad —resaltó mientras se encendía un pitillo.

—Vaya, se ha documentado usted bien —el profesor admiraba la boca exquisita, el rostro perfecto de la mujer, anhelando que ella estuviera atenta a lo

que iba a decirle—. Es normal que no apareciera en los papeles de Malta, pues recalaron en Cartagena de emergencia buscando un puerto seguro para protegerse de una tempestad. Respecto a la aseguradora, no creo que con el dinero que tuvieron que desembolsar la ubicación del naufragio fuera su principal preocupación. Le reconozco que otra de las incógnitas alrededor de este caso es que la prensa local del momento no se hizo eco del hundimiento, pero insisto, no tengo por qué sospechar del arqueólogo británico.

—¿Ni siquiera conociendo sus métodos?

—Uhm, ha sido un personaje controvertido por su uso de la pólvora en algunas extracciones, hay que reconocerlo, sin embargo sus hallazgos son dignos de elogio e incontestables.

Miranda caviló en que tras leer la biografía de Howard Vyse, muchas más eran las cosas turbias relacionadas con el británico. Como las acusaciones de soborno durante una de sus campañas electorales al parlamento, pero dada la insistencia de Brihuega en su defensa cambió de tema.

—¿Cree usted posible localizar el pecio del navío?

—Con los sistemas de detección actuales de empresas como la que encontró el tesoro de *Nuestra Señora de las Mercedes*, se encontraría seguro. Sería cuestión de unas pocas semanas, pero lo localizarían indudablemente.

—¿Está seguro de que ésa es una opinión profesional y no un deseo personal? —le presionó Miranda.

Brihuega se retrepó en el asiento un tanto molesto. Ella lo detectó y guardó el cuaderno en el bolso para que contestara con más franqueza.

—¿A qué se refiere?

—A que el hallazgo del Beatrice sería el descubrimiento de una vida. Quizá le gustaría formar parte de él —el arqueólogo se mordió el labio buscando el enfoque adecuado para no contrariarla. Optó por una pregunta para engancharla.

—¿Cree que no he hecho ya suficientes descubrimientos para una vida?

—Creo que nadie se acostumbra a dejar de ser noticia.

—Yo soy mucho más que el Teatro Romano de Cartagena. Y sí. Mentiría si dijera que nunca me molestó. Solo me sentí bien cuando comprendí algo —se detuvo escogiendo la mejor forma de transmitirlo—. El problema no era mío por haber hecho una sola cosa importante. Era que los demás fueran incapaces de ver todos mis otros trabajos.

—Como por ejemplo su teoría sobre el mercante hundido.

—Exacto —afirmó complacido.

—Con todo, el litoral es muy extenso —le retó la chica—. La muestra es que se han hecho sucesivos intentos en los últimos cincuenta años y ninguno ha dado fruto.

El profesor dudó, aun así sus ansias de congraciarse con la joven le pudieron y le dedicó un anuncio misterioso.

—Yo sé dónde buscar.

En ese preciso instante, un halcón se posó sobre la valla de celosía que recubría el jardín trasero. Los dos se quedaron boquiabiertos ante la cercanía y la pose tranquila de la rapaz. El gato, asustado, trató de buscar refugio entre las piernas de la periodista que lo apartó con brusquedad. Con la misma parsimonia que había aterrizado, el halcón despegó y emitió un grave gañido. Miranda acompañó su vuelo con la mirada mientras trataba de reconducir el diálogo a la última frase del investigador. Éste, en cambio, demudó su actitud. Diríase que la

llegada del ave había sido una advertencia sobre el peligro de hablar de más y ya no consiguió sacarle nada útil.

—Le agradezco todo su tiempo, es usted infatigable y con sus más de 70 años, mantiene una pasión digna de encomio. ¿No ha pensado nunca en jubilarse y dedicarse a esto solo como una afición?

—Señorita Hughes, tendrán que matarme para que deje de trabajar.

Fin del avance

El espíritu eterno del halcón

Descubre la novela completa próximamente.